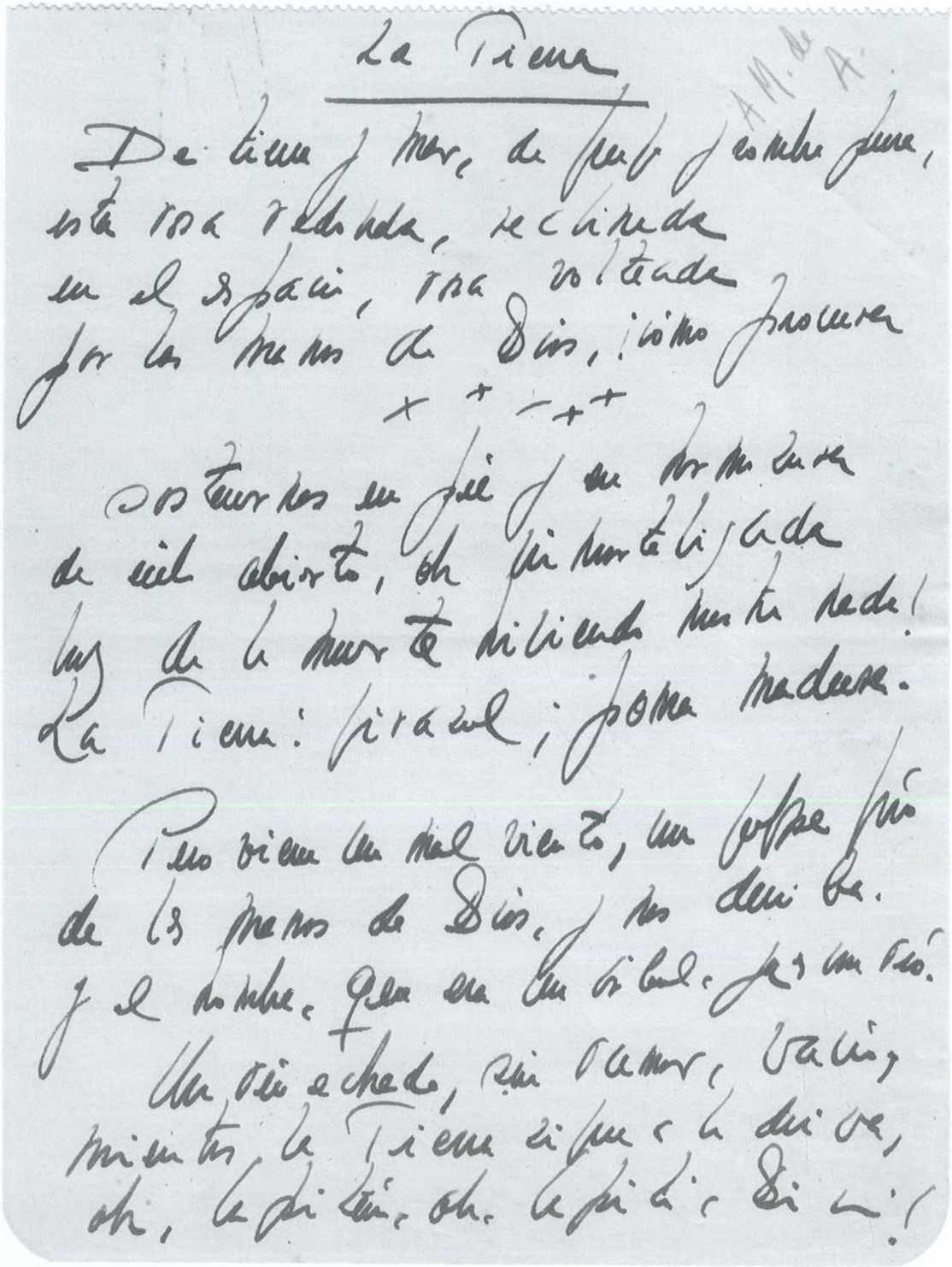
Blas de Otero, retrato discontinuo

José Fernández de la Sota

De los cien que ahora cumple, solo pudo vivir en la tierra sesenta y tres. Mucho o poco, depende. La edad de los poetas es siempre relativa y misteriosa. No sería improbable, por tanto, que el día 19 de junio de 1979, fecha de su fallecimiento en Majadahonda, Blas de Otero fuera un poeta más joven que el autor que tres décadas antes había publicado en *Ínsula* un libro titulado *Ángel fieramente humano*. Claro que

La Tierra de Blas de Otero (poema autógrafo de *Ángel fieramente humano,* 1950)



La Tierra

De tierra y mar, de fuego y sombra pura,
está toda colgada, suspendida
en el espacio, toda sostenida
por las manos de Dios, ¡cómo procura

x + − + +

sostenernos en pie y en forma dura
de cielo abierto, oh, pie hasta la cada
luz de la muerte diciendo hasta nada!
La Tierra: girasol, y poma madura.

Pero vienen un mal viento, un golpe frío
de las manos de Dios, y nos deja
y el hombre, que era un árbol, es un río.

Un río echado, sin amor, vacío,
mientras la Tierra sigue a la deriva,
oh, la pisamos, oh, la pisamos Dios mío!

en 1979 nadie (salvo Sabina de la Cruz) sabía o sospechaba que el poeta bilbaíno dejaba un libro póstumo que le iba a convertir en el autor más joven y uno de los más vivos y vibrantes de la poesía española. Habría que esperar al año 2010 y a la publicación de *Hojas de Madrid con La galerna* para confirmarlo. Los dos, en todo caso, el Otero de los años cuarenta y cincuenta y el del último tranco de su vida, construyeron una de las obras poéticas en español más notables que ha dado el siglo XX. También una de las apuestas líricas más radicales de la historia literaria española.

"La apuesta", precisamente, es el título de la primera pieza de ese libro "inextinguible y hermoso" según José Manuel Caballero Bonald, escrito en Cuba en los años 60 y titulado *Historias fingidas y verdaderas*. "El libro está sentado en la mesa, junto al retrato del marino. (...) Un libro", escribe Blas de Otero, "es el juego más peligroso que pueda imaginarse, nadie se salva por un libro sino apostando todo a una palabra, la única que escoge el poeta a cambio de su propia vida expresada." Precisamente Caballero Bonald, prologuista de excepción de la edición conmemorativa de esta obra, coincidió con su autor en La Habana en 1967, cuando tomaban forma las historias con las que, nuevamente, el poeta iba a contar la historia de su vida con palabras perdurables y hermosas. "Algunos de estos textos", nos relata Caballero Bonald, "escuchados en la voz de Blas, parecían pertenecer a una nueva estirpe verbal, a una constelación recién descubierta que no era verso ni prosa sino una fusión impecable de todo lo que las palabras tienen de enigmáticas." Nadie como el poeta gaditano supo entender las complejidades del carácter de Blas y, por ello, interpretar su obra del modo más fiable, sin los prejuicios ni mixtificaciones por desgracia frecuentes.

La clave, en todo caso, está en la apuesta -la gran apuesta- de la que Blas de Otero nos habla en la primera prosa de *Historias fingidas y verdaderas*. La de un joven abogado bilbaíno, católico y burgués, que decide jugárselo todo -su vida entera- a una carta: la de la poesía. Terrible papeleta para cualquier familia, y más para la suya, en la completa ruina. La historia de su vida está en sus libros, en el retrato intermitente de su obra, en su apuesta total por la palabra, sin posibilidad de enmienda, marcha atrás ni ases bajo la manga. La poesía o nada.

En 1943 nuestro poeta es un joven que visita a Vicente Aleixandre con su única carta bien escrita en los ojos, "sus largos ojos, por donde asomaba su pupila brilladora y podía quedarse así por largos ratos... para sonreírnos de pronto." Pero Blas no debía sonreír demasiado en esos días. Atravesaba una gran depresión -crisis se decía entonces- que tenía que ver, naturalmente, con la apuesta de la que hemos hablado. Y también con la ruina. Y con la religión. Y con dos o tres cosas

de las que no hablará porque no es necesario. Lo importante es la apuesta a vida o muerte, la de su propia vida.

"Este gran solitario", escribía Aleixandre, "es uno de los hombres con más vocación de comunidad que se haya dado acaso entre los poetas de este tiempo. Y desde su conciencia implacable quizá sea el poeta que más versos suyos ha roto por el imperativo moral, sin un gesto de sacrificio. (...) La capacidad de energía condensada en ese corazón bloqueado podría mover una marea de amor, y de hecho la mueve, porque no se prohíbe la palabra escrita, el verso. Ni la hablada tampoco."

Veinte años después de su primer encuentro con Aleixandre, nuestro poeta es otro, pero la apuesta sigue siendo la misma. La carta idéntica. "A los 47 años de mi edad, / da miedo decirlo, soy solo un poeta español / (dan miedo los años, lo de poeta, y España) / de mediados del siglo XX. Eso es todo." Era el año 1963 y Blas de Otero, aunque no lo decía en su poema titulado "Noticias de todo el mundo", se había convertido en algo más que un poeta, desde luego algo más que uno de aquellos poetas españoles que, contados por cientos, fatigaban los juegos florales y las antologías celtibéricas, con sus alforjas y sus odres viejos.

La apuesta seguía en pie, naturalmente. Blas de Otero era solo poeta: ni funcionario, ni pluriempleado, ni profesor de nadie, ni vendedor de nada. Lo había decidido a finales de los años 40 y había pagado por esa decisión un elevado precio, todavía lo estaba pagando desde que abandonó el Consejo de Administración de la empresa Forjas de Amorebieta, del que era secretario. Pero en 1963, además de un poeta apreciado, era un símbolo de la resistencia interior contra la dictadura franquista. Precisamente ese año acababa de recibir el Premio Internacional Omegna Resistenza y no faltaba mucho para que su nombre sonara entre los candidatos al Premio Nobel de Literatura.

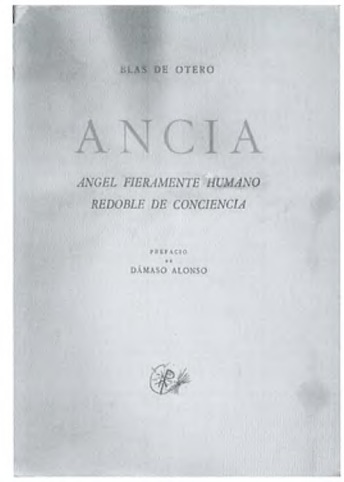
Los años vuelan y la gente cambia, pero seguramente el pasado 15 de marzo Blas de Otero Muñoz seguiría siendo, con cien años cumplidos, solo un poeta en medio de la gente, igual que en 1943 y lo mismo que en 1963. Es lo que quiso ser desde que vino al mundo (o muy poco después) en la calle Hurtado de Amézaga de Bilbao, en el seno de una familia pequeño-burguesa enriquecida durante la Primera Guerra Mundial y arruinada, de una manera igual de fulgurante, unos años más tarde, cuando tuvieron que "vender hasta la última silla" y emigrar a Madrid.

Hay poetas que escriben y poetas que se *escriben*. Y es claro que el autor de *Ancia* pertenece a esta segunda clase. Los biógrafos tienen, como poco, medio trabajo hecho. Nadie mejor que el propio Blas de Otero ha contado su vida, incluido su *destierro* del "país de los ricos", la muerte de su padre y, sobre todo, la de José

Ramón, el hermano mayor al que todos han dado por supuesto que debe sustituir. Todos menos el propio Blas, cuya vocación poética se despierta muy pronto. En vez de Letras, debe estudiar Derecho como si fuera él, como si fuese el muerto redivivo. A sus 16 años, otra vez en Bilbao, la esperanza de su madre y hermanas cae igual que una losa sobre las espaldas del poeta adolescente. Estudia la carrera por libre y se examina en Valladolid. "Un tío rico nos ayudó, pero yo me harté, también, de dar clases particulares." Logró hacerse abogado contra viento y marea y, sobre todo, contra su propia vocación literaria.

Son los años del fervor religioso, la devoción por Juan Ramón Jiménez y la formación de aquel grupo de amigos exquisitos que daría lugar al Grupo Alea, creado meses antes del inicio de la Guerra Civil. Los hermanos Bilbao Arístegui, Jaime Delclaux, Antonio Elías Martinena y José Miguel de Azaola, todos católicos, melómanos y poéticos (además de bilbaínos) serían los artistas invitados en el primer capítulo de su vida de poeta, o de su doble vida. Porque estaba la otra, la del joven abogado pobre (burgués y pobre entre burgueses más o menos ricos) que debía ganarse el sustento y dejarse de versos.

De algún modo, el estallido de la Guerra Civil fue a solapar la crisis que se estaba gestando dentro de Blas de Otero. Paradójicamente, en medio de la guerra, el poeta vivirá una especie de tregua. Primero sanitario en un Batallón vasco y después soldado del Ejército franquista. Un paréntesis. Todo queda en suspenso mientras los españoles se aplican en matarse unos a otros. Pero la guerra acaba y el conflicto interior reaparece con toda su crudeza. El escenario, un Bilbao entre escombros, más ahumado que nunca, tampoco contribuirá a calmar sus angustias existenciales. Las depresiones -*galernas* como él dice tan lírica y gráficamente- arrecian. Crisis existencial y crisis religiosa. Todo eso está en sus libros iniciales -*Ángel fieramente humano* (1950) y *Redoble de conciencia* (1951)- que serán cardinales en el rumbo de la poesía española. Esa tensión que daña su salud es, sin embargo, la hélice que empuja todos y cada uno de sus versos, verdaderos y hermosos, sin trampa ni cartón.

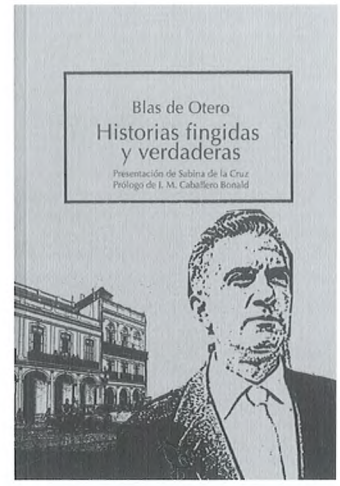


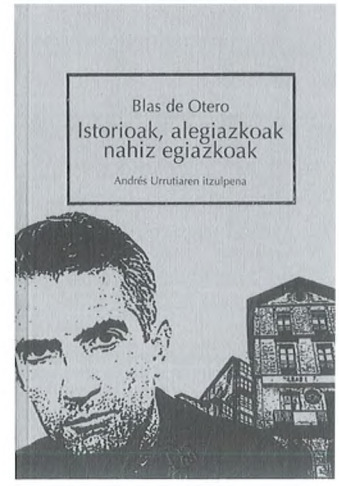
Blas y Sabina en la campiña de Londres (1973)

Son esos versos, tan diferentes de los que se publican en la España de entonces, los que llaman la atención de un crítico (además de poeta) importante y atento como Dámaso Alonso. En 1952, Dámaso afirma que la obra de Blas de Otero es quizá "la que más me ha conmovido en estos últimos años." También dice que está aburrido de "versos barbilampiñados, y a veces una chispita bardajillos." Digamos que el autor de *Hijos de la ira* -por emplear palabras más entendibles y menos incorrectas a día de hoy- estaba harto del amaneramiento general de la poesía hispánica, tan proclive de suyo a la retórica y sus malas artes. Y en eso llegó Blas, con sus versos hirsutos y ásperos, para animar o revolucionar, dentro de lo posible, las aguas estancadas del estanque: "Esa brusquedad se corresponde muy bien con el fondo de su poesía; y no nos engañemos: este poeta tiene un extraordinario dominio de su palabra. Su verso es áspero, no por otra cosa, sino porque se corresponde con el derrumbamiento en huida, del mundo y de su imagen del mundo."

El mismo año en que Dámaso Alonso le *descubre*, viaja a París y, de la mano de Jorge Semprún, ingresa en el Partido Comunista para ratificar su compromiso con el antifranquismo. Pero su compromiso con la poesía estará siempre por encima de todo.

Porque Blas no fue nunca un hombre de partido, ni siquiera un poeta capaz, como Pablo Neruda, de escribir por encargo odas a lo que fuera, por muy feo que fuera lo que fuese. "La poesía tiene sus derechos", escribía el bilbaíno sin mirar a nadie, poniendo en evidencia los estragos de la poesía social sobrevenida a finales de los años 60.





Luego vienen los viajes del poeta *vagamundos*. Toda una geografía mitológica salpicada de ciudades prohibidas y países escritos con tinta roja en los pasaportes. La Unión Soviética y sus satélites, China y su poesía delicada e incomprensible ("me fui a China para orientarme un poco") y, sobre todo, Cuba, cuando el poeta decidió asistir a "una revolución en castellano." Pero siempre regresa a Bilbao. Nunca se fue del todo de Bilbao. No hay más que leer sus libros. De Cuba volvió en 1968 con un divorcio, un cáncer (que lograría curar) y un libro extraordinario titulado *Historias fingidas y verdaderas*. Un libro en prosa escrito con sus mejores versos y ahora, como hemos dicho, reeditado por su Fundación bellamente y con un prólogo esclarecedor de su amigo Caballero Bonald.

Desde 1968 vivió en Madrid junto a Sabina de la Cruz. Años que, de algún modo, le devolvieron la serenidad perdida desde aquella fractura de su primera juventud. Años en los que fue escribiendo los poemas de *Hojas de Madrid con la galerna*. Porque la apuesta, por descontado, seguía en pie.

La apuesta siguió en pie hasta la noche del 28 al 29 de junio de 1979, que fue especialmente cálida en Madrid. Irrespirable para Blas de Otero y el enfisema pulmonar que, sin embargo, a nadie hizo temer por su vida. Aquella misma tarde Blas jugó una partida de cartas. Nadie -lo recuerda Sabina de la Cruz- podía sospechar que esa noche, de repente, iba a morir a los 63 años en su casa de Majadahonda. Entonces pudo verse que aquel hombre -que nunca quiso ser otra cosa que un poeta entre la gente- era un símbolo en la España de 1979. Se vio en el homenaje proyectado en el Centro Cultural de la Villa. Según se acercaba la hora, la multitud que se iba congregando reclamó un espacio capaz de contenerla. Fue en la plaza de toros de Las Ventas. El aforo de 30.000 localidades se desbordó. Poetas, estudiantes y obreros, músicos, actores, actrices, todos. La inmensa mayoría que, por una vez, hizo acto de presencia para homenajear al poeta silencioso que todo lo apostó a una palabra.